

Discípulos del Señor – Apóstoles de los jóvenes
HOMILÍA PRIMERA PROFESIÓN SDB ARN – ARS - URU
Is 63:7-9; Sal 144; Fil 4:4-9; Jn 10:11-18

San Nicolás de los Arroyos, 30 enero 2010

Muy queridos Hermanos:

Dentro de las celebraciones de la visita del Rector Mayor a Argentina para la unificación de las Inspectorías y la erección de las nuevas Inspectorías de Artemide Zatti y Ceferino Namuncurá, se ha querido tener la primera profesión perpetua de nuestros jóvenes salesianos de ARN Pablo Carrizo, Santiago Vallejos, Néstor Belsun, Gabriel Osorio y Jesús Olarte; de ARS Mariano Lucio y Daniel Martínez; y de Uruguay, Ismael Mancilla y Ariel Boccardo.

Me alegra mucho, pues es un buena forma de iniciar esta nueva fase de la presencia salesiana en Argentina con un grupo de nuevos salesianos. Es también como una señal de Dios para asegurarnos que no nos hará faltar obreros para su mies y para hacer de la pastoral vocacional una prioridad. Además la primera profesión de estos jóvenes hermanos me permite agradecer al Señor el don de la vocación de cada uno de nosotros y renovar nuestra total entrega a Él y a la misión.

La eucaristía aviva en nosotros el deseo de ser auténticos discípulos de Cristo y apóstoles de los

jóvenes. En ella encuentra su fundamento, su modelo y su meta la vida consagrada, que tiene como tarea configurar a cada uno de los religiosos con Cristo, hasta hacer nuestros sus sentimientos, recorrer su camino y reproducir su muerte y su vida. Esto es posible en la medida en que aprendemos a “estar con Él” para luego “compartir su pasión por el Reino” según el carisma y la misión de Don Bosco

La profesión primera que harán nuestros Hermanos es un acto religioso, sí, pero cargado de un fuerte sentido antropológico, semejante al del matrimonio, porque es expresión de una alianza de amor.

Con la profesión religiosa no profesamos una doctrina a creer, o una ética a vivir, o una liturgia a celebrar, sino que hacemos profesión de amor, o mejor dicho, confesamos que nos sentimos amados por el Amor, que jamás defrauda. Es del amor que emana una forma de vida como la de Don Bosco, toda centrada en Dios, vivida en comunidad, entregada al servicio de los jóvenes. Don Bosco la sintetizó en la pasión del *Da mihi animas* que es, al mismo tiempo, pasión por Dios y pasión por los jóvenes.

Intentando profundizar el sentido más profundo de nuestra vida consagrada les invito a contemplar el misterio de la Eucaristía que celebramos y a escuchar con el corazón la Palabra de Dios que nos ha sido proclamada.

Ante todo debe quedar claro que hacer profesión de vida consagrada salesiana significa asumir el compromiso público de seguir a Cristo, el Buen Pastor, y como él “dar la vida por las ovejas”.

Esto quiere decir concebir y vivir la propia existencia como un proyecto de Dios sobre nosotros y asumir el Evangelio como norma única de vida. Claro que hay otros motivos válidos para ser Salesianos, con tal que el más importante, el más decisivo, el más dinámico sea Cristo. En efecto, no nos hacemos Salesianos “*para*” hacer cosas, por más buenas y atractivas que éstas puedan ser, sino “*a causa de*” Alguien que nos ha amado, nos ha mirado, nos ha conquistado, nos ha invitado a seguirlo, nos ha pedido colaborar con él y, para ello, nos ha comunicado su mismo Espíritu. Se trata del acto más consciente, el más maduro, el más exigente que puede hacer un creyente: relativizar todo y a todos delante de Dios y de Cristo Jesús, para poder seguirlo con alegría, generosidad y fidelidad.

Resulta pues natural que la vida salesiana sea vista como un proyecto de vida completamente centrado en Dios, encaminado a darle la primacía que le corresponde, compartiendo la vida y la muerte de Cristo, marcados con el sello del Espíritu y llevando en el propio cuerpo la marca de su pasión, a la manera de un estigma, fruto de la entrega ilimitada a Dios y a los jóvenes: “He prometido que hasta el último aliento de mi vida será por los jóvenes”, prometió Don Bosco.

En una cultura moderna como la nuestra, caracterizada por un materialismo y un secularismo donde no se combate a Dios pero se prescindir de Él y se organiza la vida personal y social como si no existiera, nuestra misión es muy clara: *ser signos y portadores del Amor de Dios a los jóvenes.*

Esta experiencia de Dios se autentifica en la pasión, con lo que esa palabra tiene de referencia al amor y al sufrimiento. Es como una marca en el cuerpo, según el testimonio del mismo Pablo: “Llevo en mi cuerpo la muerte de Cristo, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo” (2Cor 4,10).

Nosotros llevamos una marca, un sello, que nos es propio. Es la “marca” del Señor Jesús que él mismo ha grabado en nuestra vida, en nuestra existencia, en nuestro cuerpo. De la misma manera que el Padre ha marcado a Jesús en vista de su misión, él nos ha comprado al precio de su sangre y nos ha grabado con el sello de su propiedad.

La marca del Señor Jesús nos impone un peso que debemos llevar, aquel que él mismo llevó y que era consecuencia del anuncio del Reino de Dios, de la predicación de las bienaventuranzas, de las invectivas contra los fariseos y el templo, de su libertad en el comer junto con los pecadores, de tocar a los leprosos, de acoger a los niños, de hablar con las mujeres, de llamar como discípulo a un publicano, de curar en sábado, etc.

Esta marca se lleva en el cuerpo, esto es, afecta toda la persona humana. El hecho que Pablo hable del cuerpo quiere decir que la marca del Señor se traduce en algo físico, corporal. En el seguimiento de Jesús, poco a poco, se nos graba en el rostro, en las manos, en los pies, en todo el cuerpo la marca de Jesús. Nuestro cuerpo resulta, en cierta medida una radiografía de nuestro seguimiento. ¿No es acaso éste el testimonio que Jesús mismo da de Juan el Bautista: “¿Qué cosa fueron a ver al desierto, una caña agitada por el viento? ¡No! ¿Entonces qué, un hombre vestido lujosamente? Pero aquellos que visten vestidos preciosos y viven en el lujo habitan en los palacios de los reyes...” (Lc 7,24-26). ¿O no recordamos a nuestro amado padre Don Bosco “como un vestido viejo” al final de sus días gastados sin reservas por sus jóvenes?

Hay cuerpos muy bien cuidados en base a tiempo dedicado al deporte, el gimnasio, la alimentación, el reposo, la higiene. Hay en cambio cuerpos maltratados, por falta de alimentación, enfermedades, cansancio. También Jesús reflejaba en su cuerpo su estilo de vida: no tenía un lugar donde reposar su cabeza, caminaba de una parte a otra, se levantaba de madrugada para rezar, era asediado de tal modo de la gente que no le quedaba tiempo para comer, se conmovía, lloraba, bendecía y finalmente sobre la cruz, después de una cruelísima pasión, terminó con su cuerpo despedazado.

No se trata de algo indiferente el dato que nos presenta el evangelio de Juan. Cuando el Resucitado se aparece a sus discípulos, como carta de identidad les muestra las cicatrices para que lo reconozcan (Jn 20, 20.25.27). Jesús había sido muy explícito: la suerte del discípulo no será diversa de la del maestro.

Todo esto que es válido para todo cristiano lo es de modo particular para los religiosos, porque la vida consagrada está llamada a configurarse con el Señor Jesús. Esta es de hecho nuestra identidad: “ser memoria viviente y trasfigurada del modo de ser y actuar de Cristo obediente, pobre y casto”.

Por tanto nuestras “marcas” no serán la de la soberbia, del orgullo, del poder, del dinero, de la lujuria, del consumo, del éxito profesional, sino aquellas que son consecuencia del seguimiento de Jesús. Serán por tanto las “marcas” provenientes de una vida consagrada totalmente a Dios y completamente entregada a los jóvenes.

Don Bosco ha traducido esta pasión del “Da mihi animas” con un trinomio muy sencillo pero muy exigente: “Trabajo, Templanza y Oración”. Estas tres cosas deben ser visibles, deben ser la marca de la casa y deben también dejar una huella en nuestro cuerpo.

Es normal que, debiendo vivir en contra corriente con la cultura moderna, debiendo vivir con un orden diverso de valores, debiendo conformar

nuestra vida a las bienaventuranzas, encontremos dificultades. Somos conscientes que el ambiente cultural hodierno, caracterizado por el secularismo, el individualismo y el hedonismo, no favorece tanto la estima, la asunción personal y la maduración de una vida consagrada. Esto significa que debemos ser igualmente lúcidos para asumir los desafíos que hay que afrontar.

Les puedo asegurar que más contemplo la realidad actual y más me convengo que la solución se encuentra en la vida religiosa.

Pero más me asomo a la vida religiosa y más me interrogo cuál es la vida religiosa capaz de transformar esta sociedad. Sólo una vida salesiana vivida en plenitud, como forma de vida alternativa, que manifieste nuevas vías de humanismo según el Evangelio. Se trata de una vida que sea fascinante para nosotros y para los demás, una vida apasionada, como lo fue la de Don Bosco.

Pidamos a la Sma. Virgen, nuestra dulce madre Auxiliadora, que guíe a estos hermanos nuestros y los enseñe a ser “discípulos del Señor y apóstoles de los jóvenes”. Sólo así seguiremos estando a la altura de las expectativas de Dios y a las necesidades de los jóvenes.

Don Pascual Chávez Villanueva